

Metrología y construcción histórica de la Iglesia del Monasterio de Santa María la Real de Valdeiglesias (Pelayos de la Presa, Madrid)

Fernando Vela Cossío
Alejandro García Hermida

El monasterio de Santa María la Real de Valdeiglesias, situado en el municipio de Pelayos de la Presa (Madrid), es la más importante fundación monacal de la Orden Cisterciense que se conserva en la Comunidad de Madrid. En esta comunicación se exponen los resultados de algunos de los trabajos preliminares sobre la construcción histórica de la iglesia abacial y sus espacios adyacentes que se están desarrollando por encargo de la Dirección General de Patrimonio Histórico de la Comunidad de Madrid antes del comienzo de las obras de consolidación y restauración bajo la dirección de los arquitectos Eduardo e Ignacio Barceló de Torres, que nos han facilitado la planimetría del templo y a quienes agradecemos la ayuda recibida.

La zona estudiada (figura 1) se localiza al norte del conjunto, al ubicarse la iglesia según la disposición canónica, desarrollándose el programa monacal en torno al claustro situado al sur de la misma. Sin embargo, aparecen en este esquema general numerosas desviaciones con respecto a aquel patrón, que se presentan como cuestiones inevitablemente ligadas a la historia constructiva y que se han convertido así en las principales incógnitas a resolver tanto para los autores de este estudio como para muchos de los que les han precedido.

Entre los datos históricos recabados sobre la historia constructiva del cenobio (Vela Cossío 2011) cabe destacar que el Valle de las Iglesias (Valdeiglesias) debe su nombre al gran número de ellas que fundaron los primitivos eremitas que durante siglos se reti-

raron a este entonces agreste y apartado paraje. Sobre una de ellas, la ermita de la Santa Cruz, agruparía el rey Alfonso VII en el año 1150 las distintas comunidades religiosas mozárabes que poblaban el valle para conformar el monasterio de Santa Cruz, sometiéndolas a la Regla de San Benito. Comenzarían entonces las primeras obras para adaptar el lugar del primitivo templo a su nueva función. Casi tres décadas más tarde, en el año 1177, este cenobio sería entregado por Alfonso VIII a los monjes cistercienses del monasterio de la Santa Espina (Castromonte, Valladolid), quienes enviaron a él cinco religiosos entre los cuales se encontraba el francés Nivardo, hermano del propio Bernardo de Claraval. Se levantó en aquel momento la cabecera de la nueva iglesia que hoy se conserva, pero las noticias sobre el progreso de la construcción se vuelven vagas o inexistentes durante los siglos posteriores, teniéndose únicamente constancia de los sucesivos privilegios y donaciones que irían acrecentando su poder, así como de los conflictos que éstos fueron suscitando con las poblaciones y señoríos cercanos. Como única referencia para el análisis de su evolución arquitectónica en este período existe constancia de un devastador incendio que afectó al conjunto monástico en el año 1258.

En el año 1485 el monasterio se incorporó a la Regular Observancia de Castilla, reforma del Císter cuya aplicación supuso importantes reformas arquitectónicas e inauguró una etapa de constante ampliación del conjunto. Entre los años 1528 y 1559, dando acceso a las nuevas celdas monacales, se realizó el

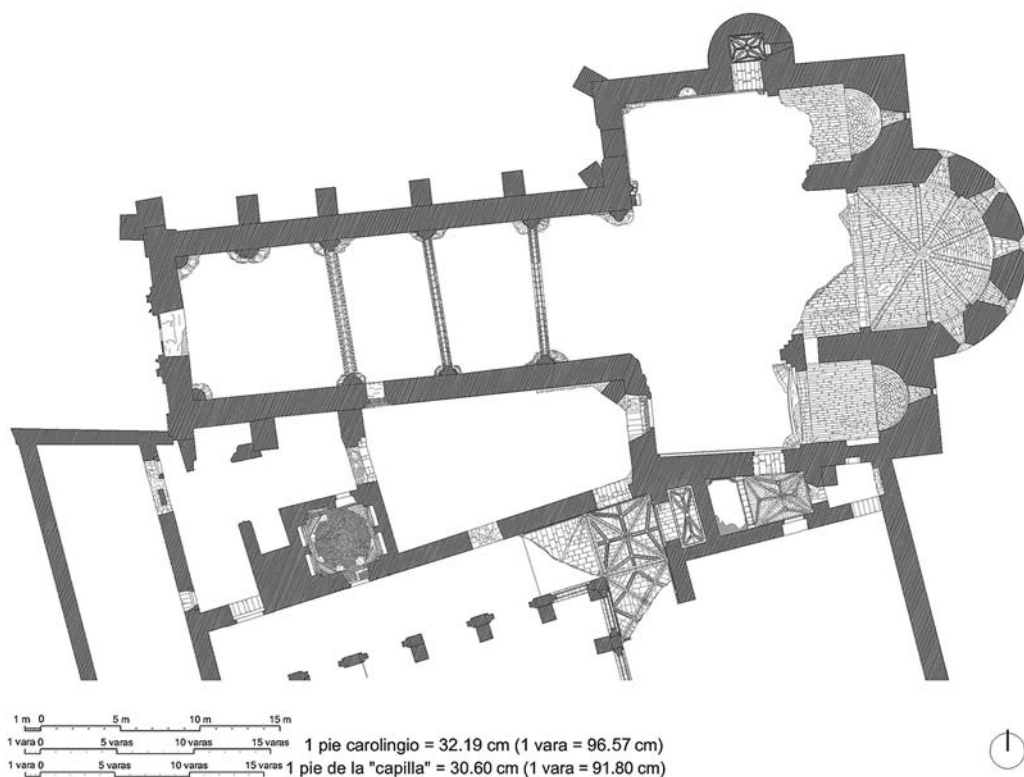


Figura 1

Planta de la zona estudiada. Levantamiento realizado por BAB Arquitectos

claustro alto, hoy completamente arruinado. Paralelamente, se ejecutaron reformas en el refectorio y obras significativas en la iglesia, incluyendo el retablo mayor y el coro de monjes, que fue concluido en el año 1571. A finales de este siglo se construyeron el noviciado, la hospedería y la portada monumental de acceso, y en el siglo XVII se erigieron la nueva fachada principal de la iglesia y la gran bodega ubicada al sur del conjunto, reformándose la zona situada junto a la panda norte del claustro, incorporando el espacio interpretado tradicionalmente como «capilla mozárabe». Esta etapa finalizaría en el año 1743 con un nuevo incendio que afectó al claustro, las celdas, el dormitorio, el noviciado, la cilla, la hospedería, la bodega y la botica, y que marcó el inicio del declive definitivo del cenobio.

El monasterio fue víctima de la desamortización en el año 1836, comenzando entonces un proceso de abandono, expolio y ruina que ya no se detendría hasta la adquisición del conjunto por el Dr. Arquitecto Mariano García Benito, quien ha sido su último dueño y custodio y gracias al que se han podido iniciar estos trabajos. La situación crítica alcanzada por la fábrica del conjunto (figura 2) urge hoy no sólo la vigorosa interrupción de este devenir, sino la documentación y análisis en profundidad de la valiosa y en muchos casos aún desconocida información histórica que su arquitectura continúa encerrando.

Al tratarse de un complejo edificado rico y heterogéneo, en el que diversos avatares históricos han ido dejando su impronta, el estudio de su historia cons-



Figura 2
Interior del templo en su estado actual

tructiva supone una labor tan singularmente ardua como interesante. Por ello, éste está siendo abordado desde un trabajo integral de levantamiento regido, a partir de los primeros estudios históricos, documentales, tipológicos y metrológicos, por el método de análisis arqueológico de la construcción histórica, conocido también como de lectura estratigráfica de paramentos. Éste método se basa en la determinación de las distintas unidades estratigráficas que han ido conformando el proceso de edificación partiendo de la identificación de las discontinuidades materiales existentes en la fábrica para establecer posteriormente las diversas relaciones temporales que estas unidades guardan entre sí. Los datos obtenidos por medio de este procedimiento están permitiendo aclarar parcialmente la evolución constructiva del monasterio, pero a su vez están planteando nuevas cuestiones respecto al modo en que ésta se ha producido y a cómo pudieron ser las trazas proyectadas y ejecutadas en sus distintas fases históricas, así como sobre las relaciones que estos proyectos sucesivos podrían guardar entre sí. Es en estas últimas cuestiones donde el estudio metrológico de los distintos elementos está contribuyendo a refrendar o rechazar hipótesis preexistentes, así como a plantear otras nuevas.

Pese a estar aún el trabajo en fase de desarrollo y pendientes de los datos que podrá aportarnos su estudio arqueológico integral, podemos presentar ya algunos hallazgos y, sobre todo, una serie de hipótesis de trabajo preliminares.

El ámbito estudiado comprende, además del templo, la antesacristía, que se correspondería posiblemente con la primitiva sacristía, y sus dependencias anejas, incluyendo el lavatorio situado al oeste; y el espacio generalmente interpretado como «callejón de conversos», con sus distintas estancias, entre las que se encuentra la conocida como «capilla mozárabe». Se trata de una serie de espacios que presentan en planta una atípica geometría, al tener que resolver el encuentro entre la iglesia y el resto del monasterio, que fueron construidos, por circunstancias aún por conocer, con diferente orientación.

Con la intención de dar respuesta a esta anomalía, que no es cuestión menor, pues conllevó la necesidad de recurrir a complicadas soluciones constructivas para su cubrición, se han planteado tradicionalmente diversas hipótesis. Entre ellas, a día de hoy y a la espera de nuevos avances en su estudio, parecen más plausibles las relativas a problemas topográficos y de abastecimiento de agua o al aprovechamiento de estructuras previas que las que la relacionan con una voluntad por preservar los restos de una edificación preexistente situada entre la iglesia y el claustro y que identifican con la «capilla mozárabe», la antigua ermita de Santa Cruz sobre la que se originara el monasterio. Se ven refutadas estas últimas tanto por diversas evidencias arqueológicas como por la misma traza con la que hubo de proyectarse originalmente la iglesia, que analizaremos más adelante y que, de haberse llevado a término, implicaría la destrucción de esta estancia. Además, como ya señalara el arqueólogo Manuel Presas (2005, 35-37), el propio Tumbo del Monasterio de Valdeiglesias sitúa el antiguo templo eremítico junto a las dependencias del abad y la enfermería, convertida en capilla de la misma, y la describe como una arquitectura de mayores dimensiones. Esta ubicación parece corresponderse con el extremo sur de la panda oriental del monasterio, en las inmediaciones de la cocina, donde aún quedan vestigios de diversos elementos arquitectónicos de factura mudéjar. Si bien éstos habrían de ser puestos en relación con la construcción de la nave y el crucero de la iglesia, con la que presentan numerosos paralelismos.

LA «CAPILLA MOZÁRABE»

Autores anteriores han apoyado con análisis métricos la hipótesis de la correspondencia de la «capilla mo-

zárabe» (figura 3) con la antigua ermita, aduciendo su ejecución en pies mozárabes. Sin embargo, nuestro propio análisis (figura 4), efectuado sobre el levantamiento del área de intervención realizado por BAB Arquitectos, nos impide compartir esta suposición. Se trata de una estancia de planta cuadrada, de 3,75 metros de lado, trazada según un módulo de 31,20 centímetros, es decir, según un pie poco común, como ocurre con frecuencia en construcciones anteriores a la presente normalización métrica. La geometría de su planta sería pues la de un octógono de 5 pies de lado inscrito en un cuadrado de 12, flanqueado por hornacinas de 2 pies de profundidad que se alzan sobre un basamento perimetral. Este último, de sillería de granito, podría haber sido reutilizado o pertenecer a una fase constructiva anterior, pero no existe aún confirmación arqueológica para esta suposición. El resto de sus fábricas son de ladrillo, al igual que el pavimento, resolviéndose la transición entre la planta cuadrada y la bóveda octogonal con unas pseudo-pechinas de ejecución algo tosca. Quedan en la bóveda vestigios de su decoración primitiva

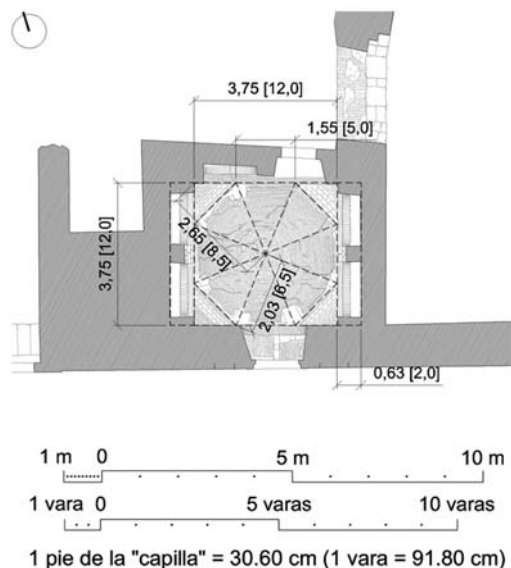


Figura 4

Análisis métrico de la capilla mozárabe. Cotas en metros con su correspondencia en pies de 30,61 cm



Figura 3
Interior del espacio conocido como «capilla mozárabe»

va a base de molduras de yeso. En sección, en base al mismo módulo, el espacio parece que pudo estar originalmente compuesto por un cuadrado inferior de 12 pies de lado, que finalizaría en altura coincidiendo con la coronación de los arcos de las hornacinas y el arranque de la primera moldura de la cornisa, y sobre él un rectángulo de 8 pies de altura y 12 de anchura, pudiendo ser sus dimensiones totales de 20 pies de altura y de 12 en planta, es decir, guardando una proporción 5:3. Pero lo cierto es que, careciendo aún de datos arqueológicos sobre la cota original del pavimento, las medidas de esta sección, a diferencia de las tomadas en planta, sólo pueden entenderse como hipótesis de trabajo.

Pese a todo, el plantear para este singular espacio orígenes tales como el de antigua portería del conjunto, propuesto por Inés García, Alberto Garín y Lorena Lemus en el Cuarto Congreso Nacional de Historia de la Construcción (2005, 332), resulta, sin más datos que los recabados hasta la fecha, meramente especulativo y sin fundamento.

Como único dato absolutamente fiable respecto a la cronología relativa de la polémica estancia, existen

en su propia construcción evidencias de su realización, refacción o sustancial transformación en una etapa posterior a la ejecución de los arcos diafragma que sirvieron para cubrir el espacio circundante, que son a su vez posteriores a la realización de los contrafuertes de la nave de la iglesia (figura 5). Estando estos últimos ligados a la erección de las bóvedas de la misma, la «capilla mozárabe», al menos tal y como la conocemos hoy, dataría de un momento no anterior a los inicios del siglo XVI. Podría estar éste relacionado con las obras de construcción del claustro alto en la primera mitad del siglo XVI o con las reformas acometidas en esta zona en el año 1613, que afectaron también al trazado de las escaleras contiguas y que pudieron dar origen a la necesidad de perforar el flanco sur de esta sala, abriéndola al claustro a través de un amplio vano cuya luz es salvada por un arco de ladrillo en el interior y un hueco de granito adintelado hacia el alzado norte del claustro.

Las mencionadas evidencias se basan en la disposición de los arcos diafragma, a los que los muros laterales de cierre de la «capilla» se adosan. Además, como ya señalara Mariano García Benito (2010, 73), en ellos, al igual que en el resto de paramentos del conocido como «callejón de conversos», existen aún restos de un antiguo enlucido simulando un despiece regular de sillería. La presencia de fragmentos de este revoco en la cara de los arcos a los que estos muros se adosan no deja lugar a dudas, pues difícilmente podrían haber sido revocados en zonas que no

quedaran a la vista y, por tanto, esta construcción o no existía aún, o no presentaba la actual morfología.

LA CABECERA DE LA IGLESIA

Dicho esto y sin poder aún confirmar la datación de la fundación de la «capilla mozárabe» en caso de haber sucedido a una construcción anterior, dudas que podrán despejarse con la futura intervención arqueológica, comenzaremos por analizar la que constituiría la primera fase constructiva de la zona estudiada: la cabecera de la iglesia (figura 6), cuya construcción hubo de sufrir una rotunda interrupción, dada la gran discontinuidad existente con el resto del templo.

Se trata de una estructura de sillería de granito de buena labra y con detalles constructivos en general propios del románico cisterciense. En planta posee una composición atípica, con tres ábsides de los cuales el central es semicircular y los dos laterales, menores, son semicirculares hacia el interior pero poseen un trasdós recto. Tanto el ábside del presbiterio como los laterales se componen de un tramo resuelto con bóveda de cañón dando paso a otro con cuarto de esfera, aunque en el primero esta última bóveda comprende también un segundo tramo recto (figura 7). En el caso del central, a diferencia de los laterales, la bóveda del primer tramo recto es apuntada y la de cuarto de esfera, que aparece combinada con el mencionado segundo tramo recto, cuenta con ocho nervaduras dispuestas algo irregularmente y sin trabar con



Figura 5
Antiguo arco diafragma adosado a los contrafuertes de la iglesia que constituye el cerramiento oriental de la «capilla mozárabe»



Figura 6
Cabecera de la iglesia



Figura 7
Ábside central de la cabecera del templo

la plementería. Está iluminado éste a través de cinco vanos de medio punto abocinados, mientras que los laterales cuentan únicamente con uno.

Pese a la singularidad de la disposición estudiada, la combinación de ábside central semicircular con ábsides laterales semicirculares de trasdós recto se da igualmente en España en el monasterio de Santa María de Sacramenia, aunque se trata en este caso de una estructura conformada por cinco ábsides escalonados. Su fundación, sin embargo, dependería de la abadía de Scala Dei, mientras que Santa María de Valdeiglesias lo haría, indirectamente, de la de Clavaval. Existen también ejemplos de cabeceras de tres ábsides con los de los laterales rectos, pero lo son generalmente también en el interior. En cualquier caso, son quizá las cabeceras de las iglesias de dos monasterios provenzales las que más características comparten con la del templo del cenobio estudiado: la de Le Thoronet y la de Senanque, ambos filiales de Ci-

teaux (Merino de Cáceres 2003, 71-72). Cuentan éstas, como en el caso de Sacramenia, con cinco ábsides, siendo todos los laterales semicirculares de trasdós recto, aunque en esta ocasión aparecen alineados, y el central, semicircular, posee tan sólo tres vanos y carece de las nervaduras de Valdeiglesias. Pero más allá de estas diferencias, la apariencia exterior del ábside central, con su fábrica completamente lisa, es sorprendentemente próxima, e incluso idéntica en el caso de Senanque, al contar también con molduras que enmarcan sus vanos arrancando desde la línea de impostas, única licencia decorativa de su sobrio aspecto. Además, ambas poseen un campanario que presenta algunas analogías con el que existió en Valdeiglesias, aunque situados junto al primer tramo del ábside central, en lugar de sobre él, en el caso de Le Thoronet y sobre el centro del crucero en el de Senanque. Por otra parte, las cornisas de sus ábsides laterales, tal como ocurre en todos los ejemplos citados, se orientan hacia el frente, al verter aguas sus cubiertas en esa dirección. Esto supone una nueva singularidad del caso de Valdeiglesias, donde se orientan hacia los laterales, aparentemente aprovechando la ausencia de ábsides dispuestos en continuidad. Por esta causa, la cubierta del situado más al sur hubo de ser modificada, desligándose de la dirección de su correspondiente cornisa, al adosarse a él el posterior muro de cierre oriental del monasterio, construido encerrando parte del antiguo muro exterior del ábside, probablemente al ampliarse en planta tanto la sacristía como la sala capitular.

La única discontinuidad constructiva localizada entre los ábsides laterales y el central se produce en la hilada inferior exterior de su sillería, cuyo origen no puede aún esclarecerse, siendo necesario aguardar a los resultados de futuras prospecciones arqueológicas en estos puntos. Más significativa es la que se aprecia por encima de las cubiertas laterales, en la fábrica del encuentro de los tramos rectos del ábside central con el tramo inicial semicircular, siendo notable la falta de correspondencia entre gran parte de sus hiladas. En todo caso, tales incoherencias tendrán probablemente su origen en el propio proceso constructivo de la cabecera, cuya ejecución hubo necesariamente de comenzar por los ábsides laterales, de modo que contuvieran éstos el empuje de las más altas bóvedas del central. La duración de estas obras pudo dar lugar a sus constructores a introducir en el último ábside erigido las innovaciones que presenta

su construcción, optando además en su última fase por un muro de mayor grosor, lo cual no sólo es apreciable al estudiar su planta, sino en el propio monasterio, al estar parcialmente arruinadas las bóvedas en cuestión.

El análisis metroológico de la planta de estos elementos, realizado también sobre el antedicho levantamiento, arroja nuevamente interesantes resultados. La traza de la cabecera está proyectada en base a un módulo de 32,19 centímetros, es decir, en pies carolingios. Este hecho podría encontrar su explicación en el probable origen francés de los monjes que integraron la primera comunidad cisterciense de este monasterio y en la posible existencia de un trazado primigenio que éstos trajeron consigo. Esta unidad de medida, sin embargo, sería abandonada en las fases sucesivas, en las que por el momento y dado el estado del conjunto no ha sido posible verificar por cuál fue sustituida. Sea como sea, el mismo resultado obtuvimos tras el estudio métrico del monasterio de Santa María de Monsalud, donde era la cabecera del templo la única estructura construida con dicha modulación, continuándose la obra con distinta base métrica.

En cuanto a la composición en planta de este ámbito (figura 8), tomadas sus medidas de modo interaxial, estamos ante un esquema típicamente cisterciense en el que el ábside central y los laterales poseen un ancho de, respectivamente, 33 y 21 pies carolingios. En el mencionado ejemplo de Monsalud éste es de 32 y 21, a los que habría que sumar los 10 pies que sobresale el crucero por cada extremo. Se trata en ambos casos de datos muy próximos a los obtenidos por otros autores en monasterios semejantes. Así, en los de Santa María de Palazuelos y Santa María de Sacramenia es de 34 y 21 (Merino de Cáceres 2000, II: AH-10), siendo en este último de 13 pies el de los ábsides adicionales de los extremos. En el sentido del eje de las bóvedas presenta la cabecera de Valdeiglesias una sucesión de módulos de 13 pies por cada tramo de bóveda, medida nuevamente muy común. En sección, tomadas las cotas en la zona superior del presbiterio, está constituido éste por un tramo de 25 pies de altura hasta el arranque de la bóveda que, sumados a los 14 pies de ésta, suponen una altura libre total de 29 pies en este punto. El resto de cotas, dados el nivel de deterioro del pavimento del templo y la cantidad de escombros acumulados sobre él, resultan por el momento difíciles de determinar.

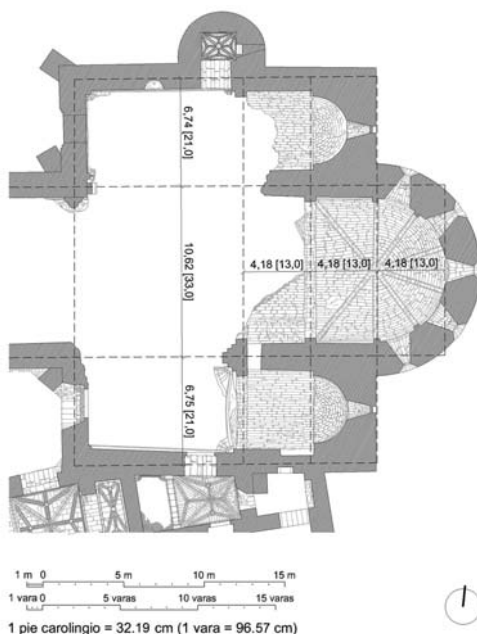


Figura 8

Análisis métrico de la cabecera de la iglesia. Cotas en metros con su correspondencia en pies carolingios de 32,19 cm

Tan sólo resta decir que el trazado interior de los vanos del presbiterio es de 21 pies de altura.

Las evidencias constructivas localizadas en las fábricas de esta etapa parecen indicar que el proyecto inicial del templo contemplaba la construcción de una iglesia de tres naves. Probablemente serían de cinco tramos, por ser esto común en iglesias cistercienses de este período, pero, cualquiera que fuese su número, su construcción habría supuesto, como dijimos anteriormente, la demolición de la «capilla mozárabe» en caso de haber existido entonces. Además, contaría con un crucero marcado al exterior, tal y como puede apreciarse tanto en el límite norte como en el sur de las obras de este espacio. En especial en este último es notable la voluntad de dejar preparada una línea de enjarje para este futuro elemento, adosándose posteriormente a ella un contrafuerte que no llega a ocultar su ubicación.

A la misma fase constructiva de la cabecera analizada hasta el momento pertenecerían un tramo de muro que se ha conservado en perpendicular al cie-

re oriental y que tal vez marcara el límite meridional de la antigua sala capitular, y, probablemente, los esbeltos arcos tardorrománicos que se abren al sur del actual claustro, cerca de lo que sería el refectorio y cuya interpretación escapa al objeto de este estudio.

EL CRUCERO Y LA NAVE DE LA IGLESIA

En este momento, por circunstancias aún desconocidas y de las que no existe referencia alguna, se abandona el proyecto inicial y se opta por proseguir las obras con una arquitectura netamente mudéjar (figura 9), una rareza en cenobios de esta naturaleza. Con ello, no sólo se introduce una fuerte discontinuidad estilística, sino que se adoptan también unas técnicas constructivas radicalmente distintas a las anteriormente utilizadas e inusuales en monasterios cistercienses. Existen, pese a todo, algunos elementos similares, aunque a menor escala, en otros conjuntos monásticos cistercienses, tal y como ocurre en algunas estancias del monasterio de Santa María la Real de Las Huelgas, datadas como del siglo XIII (Navascués Palacio 2000, 92). De este modo, el conjunto se adapta a los usos arquitectónicos predominantes por aquellas fechas en las regiones circundantes, singularmente a los del ámbito toledano. El único dato histórico posterior al inicio de las obras de la iglesia que poseemos es el incendio de 1258, que podría estar en el origen de esta renovación, siendo igualmente posi-

ble que esta fase sea anterior a dicha fecha, pese a que, a diferencia de la cabecera, no presenta indicios claros de haber sufrido esta catástrofe. De hecho, pudo ser este incendio el que motivara más tarde la siguiente transformación sufrida por el templo, que se apartaría nuevamente del modelo anterior y determinaría su imagen final, sustituyéndose las armaduras mudéjares que hubieron de existir por las bóvedas nervadas recientemente arruinadas.

Fuera como fuera, esta datación, que oscilaría entre mediados del siglo XIII y comienzos del XIV, parece coincidir en gran medida con la que resultaría de contrastar sus fábricas, de aparejo mixto de ladrillo con cajones de mampostería, con las estudiadas en la ciudad de Toledo por José Manuel Rojas y Ramón Villa. Estos arqueólogos determinaron, a partir de una serie de ejemplos, la existencia de una usual relación entre los diversos tipos de aparejos mixtos toledanos y su adscripción temporal, constatando una evolución en el tiempo del modo en que éstos de ejecutaban. El tipo del caso que nos ocupa, sin machones verticales de ladrillo, con una sola verdugada entre los distintos cajones y con una altura de éstos últimos de aproximadamente dos hiladas de mampuestos, se correspondería, entre los delimitados en su estudio, con el que denominan Tipo B, aparecido entre finales del siglo XII y comienzos del XIII y cuyo su uso se prolongaría por todo el siglo XIII hasta principios del XIV, fechas que concuerdan, por tanto, con nuestra propia hipótesis.

En consecuencia, todo ello nos permite poner en relación esta etapa del edificio con otras construcciones coetáneas, como podrían ser los templos toledanos de Santa Leocadia, San Andrés o, sobre todo, Santiago del Arrabal, que conserva su fase mudéjar prácticamente íntegra. El análisis comparativo de esta última iglesia y la que nos ocupa puede resultar de gran utilidad para comprender su morfología al concluir las obras de este período.

Independientemente de su cronología absoluta, en esta nueva etapa se erigen el crucero y la que sería la única nave que habría de tener finalmente la iglesia, así como su primitiva fachada, que sería más tarde sustituida por la actual, y el antiguo husillo situado al norte del crucero que daba acceso a las cubiertas y al campanario. Este husillo sería posteriormente transformado en capilla al modificarse el sistema de cubrición del templo, quedando con ello cegada su parte superior.



Figura 9
Exterior del crucero y la nave de la iglesia

La única portada de este período que se ha conservado en la iglesia, abierta en el alzado occidental del brazo norte del crucero y que daría probablemente acceso al cementerio, posee trazas de marcada influencia hispanomusulmana, tal y como ocurre en los ejemplos toledanos citados. Del mismo modo, son también típicamente toledanas las cornisas, realizadas en ladrillo (figura 10).

La siguiente gran transformación del templo, que no trataremos en esta ocasión, daría comienzo probablemente, dadas las características de las obras, a finales del siglo XV, fecha coincidente con su incorporación a la Real Observancia de Castilla, e implicó, tal y como se ha mencionado ya, la sustitución de todo el sistema de cubrición de la fase mudéjar de la iglesia, requiriendo la construcción de contrafuertes que soportaran los empujes horizontales generados por la nueva solución abovedada. Esta etapa de la construcción se prolongaría durante todo el siglo XVI, periodo en el que cual se modificaría profundamente la iglesia, culminando las reformas en el siglo XVII con la construcción de la fachada actual.



Figura 10
Detalle del alzado exterior del muro norte de la nave de la iglesia

LISTA DE REFERENCIAS

- García Benito, Mariano. 2010. «Monasterio de Santa María la Real de Valdeiglesias: con El Paular y El Escorial, la gran tríada». *Ilustración de Madrid* 17: 65-74.
- Díaz, Inés, Garín, Alberto, y Lemus, Lorena. 2005. «Estudio histórico-arquitectónico del monasterio de Santa María de Valdeiglesias». En *Actas del Cuarto Congreso Nacional de Historia de la Construcción*. Vol. I, 329-339. Madrid: Instituto Juan de Herrera.
- Merino de Cáceres, José Miguel. 2000. *Plan Director. Proyecto básico de restauración integral. Iglesia del ex-monasterio de Santa María de Palazuelos*. Madrid: Instituto Juan de Herrera.
- Merino de Cáceres, José Miguel. 2003. *El Monasterio de Santa María de Sacramenia*. Segovia: Real Academia de Historia y Arte de San Quirce.
- Navascués Palacio, Pedro. 2000. *Monasterios en España*. Barcelona: Lunwerg.
- Presas Vías, Manuel María. 2005. *Informe arqueológico relativo a los trabajos de desescombro en la llamada «capilla mozárabe» y corredor de conversos. Monasterio de Santa María la Real de Valdeiglesias*. Inédito. Dirección General de Patrimonio de la Comunidad de Madrid.
- Tejela Juez, Juan. 1990. *Un monasterio olvidado: Santa María de Valdeiglesias*. Tesis doctoral inédita. Universidad Politécnica de Madrid.
- Vela Cossío, Fernando (ed.). 2011. *Estudio Histórico para el Proyecto de Ejecución y Restauración y Consolidación Estructural de la Iglesia del Monasterio de Santa María la Real de Valdeiglesias (FASE I)*. Pelayos de la Presa (Madrid). Inédito.

